



CAPITULO XV

EL ANGEL MALO DE HIDALGO

Hidalgo se había lanzado desde Guamajuato, como un torrente despeñado, hasta el valle de México, poniendo en fuga en las montañas de las Cruces á las tropas del Virrey, que mandadas por el Jefe español Don Torcuato Trujillo, salieron á batirle; pero en vez de continuar su marcha á la cercana capital, se lanzó en el rumbo del "bajío," donde su palabra del 15 de septiembre había encontrado un eco y donde los pueblos se habían levantado casi en masa.

Pero el anciano no podía ser á la vez apóstol de la libertad y General, así es que fué derrotado completamente en Aculco, por el jefe español Don Félix María Calleja.

Pintar lo que entonces pasó es imposible.

La pluma se cae de las manos, las letras son borradas por las lágrimas, al recordar los crímenes que este hombre sin corazón y sin entrañas cometió sobre los infelices insurgentes, que fueron sacrificados á centenares, de la manera más horrible por ese monstruo, baldón de su nación y de la humanidad entera. Se podría decir aquí con el ardiente poeta Mármol.

Tan sólo sangre y muerte tus ojos anhelaron,
Y sangre, sangre á mares se derramó do quier,
Y de apilados cráneos los campos se poblaron,
Donde alcanzó la mano de tu brutal poder.

ó con el elocuente Guillermo Prieto:

Delante de esos huesos y á su nombre,
Le maldice mi voz, ¡maldito sea!

Baste recordar estos hechos, para echar un velo sobre ellos, porque hay crímenes tan horribles, que un escritor se indigna aun de relatarlos, y volvamos á tomar el hilo de nuestra narración.

Gil Gómez no se había separado un

solo momento de Hidalgo, lo mismo á la hora del triunfo que á la de la desdicha. El joven, comprendiendo la imposibilidad de encontrar á Fernando y hallándose, por otra parte, comprometido en una causa noble, determinó seguir la bandera de Hidalgo, que le colmaba de cariño y honores, bandera de una revolución cuya sublime intensidad ya comenzaba á comprender y admirar; porque la guerra y las circunstancias difíciles en que hacía algunos meses se encontraba, habían convertido á aquel niño que vimos salir de San Roque sobre un caballo ciego, corriendo noche y día detrás de un amigo querido de infancia, en un joven medio travieso é infantil todavía, pero ya capaz de dar cabida en su franca alma á otros sentimientos más profundos.

Algunas veces, en medio del estruendo que formaba el ejército insurgente en marcha, se sumergía en una profunda meditación que lo conducía necesariamente á la melancolía y la tristeza.

Pensaba que Fernando debía hallarse necesariamente en México, y en ninguna otra parte, pues no se explicaba de otra manera su ausencia. Suponía, y acaso con mucha razón, que habiendo tenido noticias en el camino de lo que en San Miguel el Grande había pasado, había creído inútil dirigirse ya á ese pueblo, cuyo regimiento, que era el suyo, como

se recordará, acababa de abandonarle para seguir con sus Capitanes Allende, Aldama y Abasolo á Hidalgo, y volverse á la capital, para presentarse á su tío el Brigadier Don Rafael, que acaso le cumpliría lo prometido de hacerle entrar en la guardia particular del Virrey Venegas.

Más de una vez acaso, cruzó por la imaginación del joven Capitán un pensamiento; el de correr á la capital para estrechar por fin entre sus brazos á Fernando. ¿Pero era decoroso abandonar á un ejército casi en derrota? Podía él, insurgente excomulgado, penetrar en la capital sin ser matado como un perro rabioso?

Después de la derrota de Aculco y Calderón, se dirigió el ejército á Aguascalientes desde Guadalajara. Se caminaba durante el día en medio de desiertos abrasados, sintiendo sofocarse los hombres por la sed y desfallecerse por el hambre; muchos caían muertos en medio del camino, otros desertaban abandonando una causa que consideraban ya como perdida.

Hidalgo, abatido, con la cabeza inclinada sobre el pecho, pero alzándola á veces como animado por una idea sublime, caminaba lentamente en medio de Allende, Aldama y Gil Gómez.

A veces se volvía para exhortar y ani-

mar con palabras de tierno consuelo á sus fatigados soldados.

Al llegar á Aguascalientes se le presentó un personaje, suplicándole militar á sus órdenes, para defender “la noble causa de la libertad.”

Era el recién venido un hombre de más de treinta años, vestido modestamente, aunque cabalgando en un magnífico caballo negro como la noche, y revelando en sus maneras y en su aire exterior cierta distinción, que lo hacía considerar á primera vista como de una clase social muy diferente de la de los pobres soldados que seguían á Hidalgo.

El anciano le miró fijamente durante un momento, con su mirada profunda y observadora.

—Pero me parece que Ud. no está acostumbrado á estos rudos trabajos y hace algunos días que sufrimos privaciones horribles, dijo Hidalgo sin quitar los ojos del desconocido.

Pero éste respondió inclinándose humildemente:

—A todo estoy resuelto, y hago gusto el sacrificio de mi vida, en las aras de la patria.

—Pero Ud., señor caballero, me parece un español por su acento, y....

—Mis padres eran españoles, interrumpió el nuevo insurgente; pero nada, fuera del acento, he heredado de ellos.

—Está bien, dijo Hidalgo; su lugar de Ud., caballero, escá entre los Oficiales.

El incógnito se inclinó respetuosamente, y fué á confundirse entre los Oficiales.

Hidalgo dijo á Gil Gómez al cabo de un rato:

—¿Ha visto Ud., Capitán, al nuevo militar?

—Sí, señor, le he visto cuando se ha presentado, respondió el joven.

—¿Y qué le parece á usted?

—¿Francamente, señor?

—Francamente, Capitán.

—Pues bien, no me gustan su cara tan pálida y sus maneras tan aristócratas.

—Ni á mí, tengo sospechas muy fuertes de que sea uno de tantos traidores de que estamos rodeados; casi me atrevería á asegurarlo.

—¿Por qué, señor Hidalgo?

—¿Por qué? ¿no le parece á usted extraño, Capitán, su modo de presentarse, cuando creen que nuestra causa está perdida ¡los necios!, su acento, sus maneras?

—Es, en efecto, muy extraño.

—Pues bien, es necesario que no le pierda Ud. un momento de vista, que siga Ud. sus pasos, que vigile sus menores movimientos, Capitán.

—Desde este instante está bajo mi responsabilidad, y ¡ay de él si es un traidor!, dijo Gil Gómez.

El ejército entró en buen orden á Aguascalientes, saliendo de allí para Zacatecas.

Una mañana llamó Hidalgo á su secretario Gil Gómez, para dictarle la siguiente contestación al indulto que le prometía el Virrey Venegas:

“Don Miguel Hidalgo y Don Ignacio Allende, jefes nombrados por la causa Americana para defender sus derechos, en respuesta al indulto mandado extender por el señor Don Francisco Javier de Venegas, y del que se pide contestación, dicen: Que en desempeño de su nombramiento y de la obligación que como á patriotas americanos les estrecha, no dejarán las armas de la mano, hasta no haber arrancado de las de los opresores la inestimable alhaja de su libertad.

“Están resueltos á no entrar en composición alguna, si no es que se ponga por base la libertad de su nación y el goce de aquellos derechos que el Dios de la naturaleza concedió á todos los hombres, derechos verdaderamente inalienables y que deben sostener con ríos de sangre si fuese preciso.

“Han perecido muchos europeos; seguiremos hasta el exterminio del último, si no se trata con seriedad de una racional composición.

“El indulto, señor Excelentísimo, es

para los criminales, no para los defensores de su patria y menos para los que son superiores en fuerzas.

“No se deje Vuecelencia alucinar por las efímeras glorias de Calleja: estos son unos relámpagos que más ciegan que iluminan; hablamos con quien lo conoce mejor que nosotros.

“Nuestras fuerzas, en el día, son verdaderamente tales y no caeremos en los errores de las campañas anteriores. Crea V. E. firmemente que en el primer reencuentro con Calleja quedará derrotado para siempre.

“Toda la nación está en fermento, estos movimientos han despertado á los que yacían en letargo.

“Los cortesanos aseguran á V. E. que uno ú otro sólo piensan en la libertad: le engañan.

“La conmoción es general, y no tardará México en desengañarse si con oportunidad no se previenen los males.

“Por nuestra parte suspenderemos las hostilidades y no se le quitará la vida á ninguno de los muchos europeos que están á nuestra disposición, hasta tanto V. E. se sirva comunicarnos su última resolución.

“Dios guarde á V. E. muchos años.”

Al cabo de un largo rato de silenciosa meditación, el anciano volvió á dictar.

Gil Gómez escribió:

PROCLAMA A LA NACIÓN AMERICANA

“¿Es posible, americanos, que habéis de tomar las armas contra vuestros hermanos, que están empeñados con riesgo de su vida, en liberarnos de la tiranía de los europeos y en que dejéis de ser esclavos suyos?”

“¿No conocéis que esta guerra es solamente contra ellos, y que por tanto, sería una guerra sin enemigos, que estaría concluída en un día si vosotros no les ayudáis á pelear?...”

“No os dejéis alucinar, americanos, ni deis lugar á que se burlen más tiempo de vosotros y abusen de vuestra bella índole y docilidad de corazón, haciéndoos creer que somos enemigos de Dios y que queremos trastornar su santa religión procurando con impíos y calumnias hacernos parecer odiosos á vuestros ojos.

“No; los americanos jamás se apartarán un punto de las máximas cristianas, heredadas de sus honrados mayores.

“Nosotros no conocemos otra religión que la Católica, Apostólica Romana, y por conservarla pura é íntegra en todas sus partes, no permitiremos que se mezclen en este continente extranjeros que la desfiguren.

“Estamos prontos á sacrificar gusto.

sos nuestras vidas en su defensa; protestando delante del mundo entero que no hubiéramos desenvainado la espada contra estos hombres, cuya soberbia y despotismo hemos sufrido con la mayor paciencia, por espacio de casi 300 años, en que hemos visto quebrantados los derechos de la hospitalidad y rotos los vínculos más honestos que debieron unirnos, después de haber sido el juguete de su cruel ambición y víctimas desgraciadas de su codicia, insultados y provocados por una serie no interrumpida de desprecios y ultrajes, y degradados á la especie miserable de insectos ó reptiles; si no me constase que la nación iba á perecer irremediablemente y nosotros á ser viles esclavos de nuestros mortales enemigos, perdiendo para siempre nuestra religión, nuestra ley, nuestra libertad, nuestras costumbres y cuanto tenemos más sagrado y más precioso que custodiar.

“Consultad á todas las provincias invadidas, á todas las ciudades, villas y lugares, y veréis que el objeto de nuestros constantes desvelos es el de mantener nuestra religión, nuestra ley, la patria y la pureza de costumbres, y que no hemos hecho otra cosa que apoderarnos de las personas de los europeos y darles un trato que ellos no nos darían ni nos han dado á nosotros.

“Para la felicidad del reino es necesario quitar el mando y el poder de las manos de los europeos; esto es todo el objeto de nuestra empresa, para los que estamos autorizados por la voz común de la nación y por los sentimientos que se abrigan en el corazón de todos los criollos, aunque no puedan explicarlos en aquellos lugares, en donde están todavía bajo la dura servidumbre de un gobierno arbitrario y tirano, deseosos de que se acerquen nuestras tropas á desatarles las cadenas que los oprimen.

“Esta legítima libertad no puede entrar en paralelo con la irrespetuosa que se apropiaron los europeos cuando cometieron el atentado de apoderarse de la persona del Excelentísimo señor Virrey Iturrigaray y trastornar el gobierno á su antojo sin conocimiento nuestro, mirándonos como hombres estúpidos y como manada de animales cuadrúpedos, sin derecho alguno para saber nuestra situación política.

“En vista, pues, del sagrado fuego que nos inflama y de la justicia de nuestra causa, a'entaos, hijos de la patria, que ha llegado el día de la gloria y de la felicidad pública de esta América.

“Levantaos, almas nobles de los americanos, del profundo abatimiento en que habéis estado sepultados, y desplegado todos los resortes de vuestra energía y

de vuestro valor, haciendo ver á todas las naciones las admirables cualidades que os adornan y la cultura de que sois susceptibles.

“Si tenéis sentimientos de humanidad, si os horroriza el ver derramada la sangre de vuestros hermanos, y no queréis que se renueven á cada paso las espantosas escenas de Guanajuato, del Paso de Cruces, de San Jerónimo Aculeo, de la Barca, Zacualco y otras; si deseáis la quietud pública, la seguridad de vuestras personas, familias y haciendas, y la prosperidad de este reino; si apetecéis que estos movimientos no degeneren en una revolución que procuramos evitar todos los americanos, exponiéndonos en esta confusión á que venga á dominarnos un extranjero; en fin, si queréis ser felices, desertaos de las tropas de los europeos y venid á uniros con nosotros: dejad que se defiendan solos los ultramarinos, y veréis esto acabado en un día sin perjuicio de ellos ni vuestro, y sin que perezca un solo individuo, pues nuestro ánimo es despojarlos de mando sin ultrajar sus personas y haciendas.

“Abrid los ojos; considerad que los europeos piensan ponerlos á pelear criollos contra criollos retirándose ellos á observar desde lejos, y en caso de serles favorables, apropiarse ellos toda la gloria del vencimiento, haciendo después

alta y desprecio de todo el criollismo y de los mismos que les hubiesen defendido: advertid que aun cuando llegasen á triunfar ayudados de vosotros, el premio que debéis esperar de vuestra inconsideración, sería el que doblasen vuestras cadenas y el veros sumergidos en una esclavitud mucho más cruel que la anterior.

“Nada más deseamos que el no vernos precisados á tomar las armas contra ellos.

“Para nosotros es de mucho más aprecio la seguridad y conservación de vuestros hermanos.

“Una sola gota de sangre americana pesa más en nuestra estimación que la seguridad de algún combate que procuramos evitar en cuanto sea posible y nos lo permita la felicidad pública, á que aspiramos, como ya hemos dicho.

“Pero con sumo dolor de nuestro corazón, protestamos que pelearemos contra todos los que se opongan á nuestras justas pretensiones, sean quienes fueren, y para evitar desórdenes y efusión de sangre, observaremos inviolablemente las leyes de guerra y de gentes para todos en lo de adelante.

“Hasta el 20 de diciembre están de nuestra parte cinco provincias, conviene á saber: Guadalajara, Valladolid, Guanajuato, Zacatecas y San Luis Potosí, y de un día para otro se espera también

estarlo Durango, Sonora y demás provincias internas, estándolo también Toluca y mucha parte de la costa de Veracruz.

MIGUEL HIDALGO Y COSTILLA."

¡Qué sencilla y conmovedora elocuencia! ¡qué caballerosidad en el estilo, tan diferente de la chocarrería, de las diatribas, de los dictérios y hasta de los motes de que estaban atestadas las proclamas del Virrey, del Arzobispo y del Santo Oficio!

¡Qué defensa tan noble á acusaciones tan injustas!

¡Qué desmentida tan completa á calumnias tan falsas!

El ejército, en tanto, seguía su marcha, dirigiéndose hacia el Saltillo.



CAPITULO XV

EL ÁNGEL TUTELAR DE HIDALGO.

Gil Gómez no había perdido un solo momento de vista al nuevo misterioso insurgente, según la orden de Hidalgo.

Marchaba éste confundido entre la multitud; pero sin hablar con nadie, sin quejarse ó alentarse á sí mismo como los demás.

Una mañana, Hidalgo dijo en voz alta á Gil Gómez que se encargase en la primera venta por donde pasaren, de hacer que le preparasen un almuerzo, porque hacía algunas horas no probaba alimento. Acababan de dejar atrás al pueblecillo de "Charcas" y era muy probable que antes de llegar al Venado se